

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 125.—BARCELONA 7 DE SEPTIEMBRE DE 1916



Carruaje de municiones alemán en los Vosgos

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El odio anglo-alemán.—II. Las listas negras.—III. El porvenir de Polonia.—IV. Dos guerras más

1.—El odio anglo-alemán

No han olvidado los alemanes, ni llevan trazas de olvidar «el caso del *Baralong*» (vapor mercante alemán echado a pique, y cuyos tripulantes fueron cazados a tiros desde el barco destructor, cuando demandaban auxilio, unos sobre cubierta del buque inglés y otros al dirigirse nadando a éste—según declaraciones de varios testigos). El asunto fué largo y agriamente discutido; tratóse de someterlo a un arbitraje, pero la actitud del Gobierno británico hizo retirar la demanda al alemán; y desde entonces el nombre del *Baralong* anda rodando por la prensa alemana. Es sin duda este hecho el que ha despertado una indignación más viva y persistente en Alemania.

Ahora son los ingleses los que comentando la ejecución—que oficialmente allí se califica de asesinato—del capitán Fryatt, arrojan sobre los alemanes el estigma de sanguinarios y salvajes. Y paralelamente, Alemania anuncia que sus zeppelines toma-

rán la debida reparación á costa del pueblo británico, mientras que Inglaterra declara que hará expiar implacablemente a su enemigo el «asesinato» de Fryatt.

Con esto, las relaciones anglo-alemanas, lejos de suavizarse y templarse con la ayuda sedante del tiempo, se van haciendo cada día más tirantes; el encono ha trascendido de las esferas oficiales a la masa del pueblo; no hay que decir que por una y otra parte se aprovecha esta situación para persistir con más encono y entusiasmo en la guerra, alejándose las probabilidades de una paz que en ciertos momentos pareció muy próxima. El odio entre ingleses y alemanes ha recrudecido; milagro será que no perdure después de la guerra, dando lugar a un estado de cosas que causará más de una desazón a los neutrales.

Los franceses, siempre a remolque de sus flamantes amigos los ingleses, se esfuerzan en añadir leña al fuego, comentando patéticamente los internamientos de los vecinos de Lille, medida que califican de

monstruosa y atentado a la dignidad humana, cuando en realidad se reduce a alejar de la zona de fuego a los habitantes que carecen de recursos y obligarles a trabajar en las labores agrícolas, a cambio del sustento y una remuneración. ¿Tiene esto algo de común con las deportaciones a Siberia y al interior del Imperio de numerosos habitantes de Prusia oriental y Galizia, durante la primera invasión rusa y la presente? ¿Acaso creen los franceses que ignoramos las medidas de represión que han adoptado en los escasos pueblos de la Alsacia que dominan? Justo es, sin embargo, consignar que esa campaña de los órganos de publicidad y políticos de Francia tiene mucho de forzada y poco de espontánea, no encarna en la masa de la nación, se advierte enseguida que se está haciendo el juego a Inglaterra.

¿Quedará todavía por representar el acto más grandioso y trágico del drama, el choque terrible entre Inglaterra y Alemania, cuando ya los demás combatientes estén exangües y fuera de combate? Tales son los síntomas y tales las corrientes de opinión entre ambos países, que si no se llega a ese tremendo encuentro no será ciertamente por falta de deseos de los interesados.

Y los neutrales, con su paciencia inagotable que bien podríamos calificar con una frase más dura, siguen contemplando impávidos el incendio que también les alcanzará, que ya les ha alcanzado. Triste y doloroso es el cuadro que ofrecen los beligerantes, pero lo es más todavía, y menos justificado, el que presentan los neutrales, divididos y aislados como el primer día.

II.—Las listas negras

Debemos al espíritu tolerante y al amor al derecho y la libertad del pueblo inglés, la confección de las «listas negras», en las que se incluyen los nombres de casas de comercio de países neutrales que, por mantener relaciones con los Imperios centrales o demostrar simpatías a la causa germana, han sido proscriptas de Inglaterra, es decir, que se prohíbe negociar con ellas y sus productos serán perseguidos con todo rigor.

Se necesitaría volver la vista a los primeros tiempos de la edad media para encontrar una medida tan arbitraria, tan atentatoria a la libertad de las naciones, tan tiránica como ésta. ¿Con qué derecho ni con qué excusa se prohíbe al neutral comerciar con quien le parezca, mostrar sus simpatías hacia un bando determinado? Esa irritante disposición considera implícitamente como delictivo cualquier acto que no sea grato o beneficioso a la Gran Bretaña; si no se va más lejos en el castigo es porque no se puede, no porque falte voluntad. Pero, si Inglaterra triunfase y quedara en situación de dar otro empleo a las garras que le están destrozando en Francia y en el mar ¿habrá alguien tan cándido que ponga en duda que el «castigo» inglés tomará formas más duras y se traducirá en pingües ventajas?

Se comienza por el «índice», por la «lista negra», para tener el pretexto, el día de mañana, de exigir satisfacciones, compensaciones, sanciones, garantías, algo positivo y tangible. El primer paso está dado: Inglaterra empieza por declarar ilícito y merecedor de castigo lo que le es dañoso; lo demás vendrá des-

pués y por sus pasos contados, si Alemania no le corta las alas.

Pero no es esto lo más deplorable y grave, con serlo mucho; lo peor es que los neutrales no hayan rechazado con indignación y energía esa intromisión en sus asuntos domésticos. Con su pasividad y silencio dan en cierto modo la razón al Gobierno inglés, y más tarde, despojados de razón, tendrán que atenerse a las consecuencias y soportarlas. No quedará contra ellas otro argumento que el de la oposición material, violenta, mientras que ahora hubiera bastado el anuncio de represalias para que los hombres de Londres desistieran de un acuerdo que atenta a las libertades de todos los países y es un ataque a la dignidad y al respeto que se debe a los extraños, sobre todo cuando de ellos se recibe—como está recibiendo Inglaterra de todo el mundo—un apoyo que las circunstancias niegan a los Imperios centrales.

Cuestión es esta que ha de producir serios disgustos; no se ha debido ver en la medida su trascendencia literal y directa, sino su alcance ulterior, que encierra un peligro inmenso para todos los pueblos débiles; verdad es que tales resoluciones tiránicas van acompañadas de conmovedores himnos a la libertad, al derecho, a la justicia y a la civilización...; pero ¿para el uso y ventajas de quiénes? ¡Ah! En esto no se quiere siquiera pensar. Confiemos, porque es nuestra más vigorosa esperanza, que el desprecio y la impotencia británicos han aconsejado al Gobierno de Mr. Asquith, y que las fuerzas de Inglaterra no están en armonía con la actitud altanera y petulante, de desprecio al resto del mundo, que ha adoptado, y deseamos que cuando la guerra termine no le queden deseos de meterse en nuevas andanzas y aventuras; de lo contrario, para los neutrales comenzarán las desventuras de la guerra cuando ésta acabe.

¿Qué hubiera sido si fuera Alemania la que tomara la iniciativa en este sentido? Y si al fin imita la conducta de su adversario, ¿se tendrá la misma paciencia? La campaña activísima de la prensa aliada, que atribuye a la Entente todas las bienandanzas de la libertad, cultura y amor a los pueblos, y coloca fuera del derecho común a los imperiales, tiene estas consecuencias; luego, aún se dirá que las plumas aliadas pierden el tiempo. Está visto que lo importante es hablar, aunque los hechos digan lo contrario; y para esto, ha sido necesario que transcurran veinte siglos y que hayamos llegado al apogeo de la dignidad humana y de la civilización (!).

III.—El porvenir de Polonia

Alemania y Austria-Hungría han anunciado su propósito de conceder a Polonia la autonomía. Una resolución oficial sobre el régimen político futuro de aquel país sería inoportuna, prematura. Se ha de aguardar la terminación de la guerra porque podría ocurrir que los actuales ocupantes fueran expulsados; además, se necesita saber las condiciones territoriales en que quedará Hungría, y que definirán cuál de los tres Imperios—alemán, ruso o austro-húngaro—será el capacitado para legislar sobre Polonia, por la superioridad que logre sobre los otros dos.

Para los polacos la noticia ha de ser agradable.

Cuentan con la promesa de los imperiales, como antes contaban con los buenos deseos del Czar; es de creer que mejore su situación, pero ¿a costa de cuántos sacrificios se habrá logrado! Si Polonia no ha sido arrasada del todo, no ha sido por descuido de los ejércitos rusos, sino porque el impetuoso avance de los alemanes no les dió tiempo para completar su obra destructora. Después de consumada se dijo que la devastación y el internamiento fueron fruto de órdenes mal interpretadas; los culpables quedaron ignorados en las complicadas y laberínticas mallas de la burocracia rusa, reina y señora del Imperio.

El problema de Polonia se simplificaría si toda la Volinia fuera reconquistada por los rusos, porque los antagonismos entre rutenos y polacos son irreductibles. No es de esperar que las provincias polacas de Alemania, ni tampoco la Galizia austriaca, formen con lo que fué Polonia rusa un Estado o territorio autónomo; lo probable es que sea únicamente esta última provincia, la rusa, la que obtenga un régimen especial, y continúen las otras formando parte integrante, como hasta ahora, de los territorios imperiales alemán y austro-húngaro. En tal caso, la nueva Polonia, bajo la intervención y vigilancia alemanas, sería una muralla de seguridad que protegería las dos Prusias, Posnanía y Galizia occidental contra nuevos ataques de los rusos.

Más que con el anuncio de la concesión de autonomía, los alemanes se han ganado las simpatías de la población polaca, con la conducta liberal y tolerante que han seguido, y con el respeto que han demostrado al idioma y a las costumbres de los polacos. Poco más que esto, y no es poco, es lo que pueden esperar los polacos. Generosa es la idea de la reconstitución del antiguo reino de Polonia, pero no pasa de utopía; una nación pequeña, enclavada entre tres poderosos Imperios, con vecinos hostiles—tales los ucranios y lituanios—que no han olvidado la tiranía de que fueron objeto por parte de los polacos, no tardaría en desaparecer, sometida a las más rigurosas medidas de represión. No es tampoco un pueblo cuya existencia se haya deslizado tranquila, puesto que estuvo en continua guerra con los rusos, a los que trató de dominar, y con los prusianos, y se hizo poco agradable a los vecinos afines. Merece una amplia autonomía, por tener personalidad propia y definida; su independencia es imposible y no le convendría, porque tras de ella surgiría una esclavitud más horrenda.

IV.—Dos guerras más

Italia ha declarado la guerra al Imperio alemán. La novedad, prevista y esperada, no tendrá trascendencia por el momento, pero sí muy grande después de la guerra o si Alemania consigue deshacer la coalición que contra ella se ha formado. El proceso de este acto del Gobierno italiano no deja de ser curioso. La declaración de guerra que acaba de pronunciarse es la última consecuencia de la presión ejercida por Inglaterra y Francia sobre Italia en 1914, y ha puesto fin a la actitud equívoca adoptada por la Península, actitud que si al principio no dejó de ofrecer ventajas, se había hecho últimamente demasiado peligrosa. La falta de espacio nos obliga a dejar los comentarios para la próxima *Crónica*.

La incógnita rumana acaba de despejarse: Rumanía ha declarado la guerra a Austria. ¿Por qué? No será, como en 1913, porque las victorias de su vecina amenacen el porvenir de Rumanía; en tal caso hubiera debido de declarar la guerra a Rusia. Dejemos los comentarios para el número siguiente, y exclamemos por ahora: ¡Desgraciados los pueblos pequeños que tienen vecinos poderosos! Su libertad e independencia tienen mucho de aparentes, y a veces para no ser atropellados han de adelantarse a los deseos de sus protectores. ¡Pobre Europa!

F. LARÍN.

EL CAMINO DE LA VICTORIA

Manteniéndose sin decaer en la cumbre más elevada de la fantasía, la prensa aliada entona canto tras canto a la victoria. Lleva en esta labor veinticinco meses y en tan largo período ha adquirido gran práctica y habilidad. Jamás se ha escrito una novela tan extensa, interesante para unos y soporífera, monótona y risible para otros. Desde el 3 de agosto se encuentran los aliados en el camino de la victoria, que más parece un laberinto que una senda. Así andan ellos de confundidos.

Cuando los imperiales atacan y avanzan, su derrota es segura, porque se debilitan y agotan; si son los aliados los que ganan algunos palmos de terreno, todas las trompetas de la fama son pocas para dar a conocer el triunfo. De este modo, la guerra es un tejido de éxitos y satisfacciones, de glorias y proezas, de hazañas y conquistas, aderezadas con mucha libertad, justicia, derecho y democracia. Si por acaso se oprime a Grecia, se la consuela diciendo que se la ha redimido de la tiranía alemana; cuando en París se da a los suizos con la puerta en las narices, se les manifiesta que Francia lucha por los ideales suizos; la libertad de Irlanda florece más cada día; Islandia y Finlandia se estremecen de gozo; australianos y canadienses luchan en la vanguardia de los ejércitos británicos, cuyos contingentes ingleses, innumerables, se reservan para mejor ocasión; mientras que rusos, dahomeyanos, senegaleses, árabes e indochinos se baten por su protectora Francia. Si esto acontece durante el camino de la victoria, ¿qué sucedería si ésta se trocase en algo palpable y real?

La conquista de Gorizia—obra de catorce meses de ataques de todo un ejército contra una débil fracción del austro-húngaro—provoca mensajes de felicitación redactados en una ciudad de la Alsacia, reincorporada por la pujanza de las armas francesas al territorio de la República. Causa estupor que una nación que ha perdido millares de kilómetros cuadrados, varias fortalezas y que no adelanta un solo paso, a pesar de que a todas sus fuerzas se han unido las inglesas y las belgas contra la mitad de las alemanas, se jacte y envanezca de poseer un pedazo de suelo alsaciano grande como un pañuelo. El que razona de este modo, no hay duda que se contenta con poco y todo lo ve naturalmente de color de rosa. ¿Es del mismo color el cuadro que presencia cuando vuelve la vista al interior de su país?

Hora es ya de que los aliados se persuadan del estado de cansancio en que se encuentran los espíritus de los neutrales, y de que la desesperación va

arraigando en Francia y en Bélgica y en Rusia y en otras naciones. Tiempo es también de que comparen lo que cada miembro de la *Entente* hace y deduzcan consecuencias, que están al alcance del menos avisado y perspicaz.

¿Qué motivos hay para los entusiasmos literarios de los aliados? El ruido producido por la toma de Gorizia debería de avergonzar a los que lo promueven. ¡Catorce meses para apoderarse de una posición —que no era plaza de guerra— que dista quince kilómetros de la frontera, cuando el único empuje que han ejecutado los austro-húngaros descompuso, deshizo, barrió materialmente a los italianos, y en quince días los arrojó al otro lado de la frontera, los puso en fuga en territorio italiano y colocó en manos del vencedor dos fortalezas: Asiago y Arsiero. ¿Esa es la potencia italiana? ¿Va por ahí el camino de la victoria?

En mes y medio de ofensiva en el Somme, ingleses y franceses no han ganado la mitad de la superficie que ocuparon los alemanes en ocho días al N. y E. de Verdun. En este último punto, las más estupendas pruebas de energía de los franceses y sus pasajeros éxitos, sólo sirven para confirmar la superioridad del vencedor, que podrá perder momentáneamente los puntos en donde una vez ha penetrado, pero que nadie ya es capaz de arrebatárselo. ¿Habrá alguien tan ciego que vea en el Somme o en Verdun los puntos por donde se llega a la victoria de los aliados?

¿Será más corto, por ventura, el derrotero marítimo, que está esmaltado con nombres como los de la isla Coronel, Dogger Bank y Skager Rak, o la acción, hasta ahora incontrastable de los submarinos austriacos y alemanes? ¿Acaso en los aires ha aparecido el factor resolutivo que dará el triunfo a los aliados?

¡La victoria está en Rusia! El grande Imperio aplastará a los centrales. Podrá ser, pero no será. Una campaña rusa de tres meses no ha tenido la cuarta parte de las consecuencias de una cualesquiera de las campañas ofensivas de austro-alemanes. Alemania, en especial, puede ceder muchísimo terreno y sostenerse años y años contra fuerzas rusas inmensamente superiores, sin abandonar el suelo enemigo. Y cuenta que estamos a la mitad del drama, porque si son los rusos quienes atacan, no terminará el año sin que se vean atacados. Pero, aunque así no fuera, ¿concibe el mas exaltado entendimiento que los rusos se apoderen antes de un par de años de Ivangorod, Varsovia, Novo-Georgievsk, Lomza, Grodno, Kovno, Vilna y una docena más de fortalezas, sobre cuyos muros la bandera del Czar fué substituída por la del Kaiser? ¿Cree nadie que de pronto, y como si formara parte de una comedia de magia, se derrumbará estrepitosamente el poderío austro-alemán? ¿Puede admitirse que Francia, Rusia e Italia, y en segundo termino Inglaterra, sean capaces de prodigar ilimitadamente los sacrificios que realizan? ¿El camino de la tumba es el tan anhelado camino de la victoria?

¡Ah! se dirá; tampoco podrán resistir indefinidamente los imperiales; se consumirán sus fuerzas, que son tan humanas como las de los aliados. Pero la voz no es exacta: sus esfuerzos no se *consumirán*; se *consumirían*, si los austro-alemanes se debatiesen

en acometidas y golpes vanos y estériles, tal como obran sus adversarios; pero ¡no!, se reservan y guardan, esperando que pase y termine la ola de la desesperación que mueve a sus enemigos. Los que pueden esperar, esperan; los que *necesitan* una resolución pronta se precipitan, ciegos y furiosos, contra la muralla de hierro que cerca las provincias que perdieron. Centenares de miles de franceses, italianos e ingleses, reuniendo todas sus energías no son capaces de registrar a su favor la toma de una sola plaza fuerte; ¿qué vale todo lo que hacen, comparado con la conquista de Serbia, la de Bélgica, la del N. de Francia, la misma breve campaña del Tirol? El avance de los rusos ¿tiene punto de conexión con las retiradas en Curlandia, Lituania, Polonia, Polisia y Volinia? ¿Esos nombres de Colomea, Stanislau, Brody, etc., conmovieron, ni llamaron la atención de nadie cuando fueron las bayonetas de la Europa central las que pasearon victoriosas por las calles de aquellas poblaciones? ¿Dió ningún crítico ni ningún periódico importancia a los centenares de pueblos tomados por los austro-alemanes? Pues ¿por qué ahora nos hemos de quedar suspensos de admiración sabiendo que unos pocos de dichos pueblos están en manos de los rusos? Efectivamente ¿ello es testimonio del agotamiento de los imperiales? Si alguna cualidad debiera de haber desarrollado en nosotros esta guerra, es la paciencia. Tengámosla algún tiempo más los neutrales, antes de deducir afirmaciones y no imitemos a aquellos beligerantes cuya triste y desesperada situación no les permite aguardar sin impacientarse. Cuanto más sonoro es el campaneó, tanto más hueca está la campana.

Viene finalmente el argumento Aquiles: las consecuencias del bloqueo, el hambre en el centro de Europa... ¡Gran mérito sería para los aliados una victoria obtenida por este medio! La hidalguía, las facultades más nobles del hombre ¿qué opinan sobre esa conducta? Pero no está tampoco ahí el camino de la victoria. Si lo estuviera, los más grandes horrores de la guerra se habrían ya desatado sobre la *Entente*; las armas inapreciables, submarinas, aéreas, químicas, de los imperiales se blandirían sin consideración a nadie ni a nada. Alemania y Austria revelarían la misma desesperación que agita a sus adversarios; no hay señales de ella, y, por consiguiente, la situación del bloqueado aún no es difícil.

El camino de la victoria ha de cruzar el Rhin y llegar al Sprée; ¡cuán largo es! ¿Están los rusos cerca, no de Cracovia o Posen, sino de Varsovia? ¿Son asequibles a las plantas francesas e inglesas las llanuras belgas, que fueron recorridas tan deprisa por los ejércitos aliados? Sólo Dios sabe quién será el vencedor; pero ¿no se alarga más cada día el camino de la victoria, ese camino que están recorriendo *triunfalmente* hace dos años los aliados? ¿No habremos confundido el entendimiento con la imaginación, la realidad con la fantasía, el goce con el dolor?

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Machacar en hierro frío

(El señor A).—Pues, sí, señor don Subrio, hemos tardado en obtener la victoria, pero al fin es nuestra; oiga V. lo que dice una de las glorias literarias de nuestro país (leyendo): «Sí, señores germanizantes: Alemania está ya virtualmente vencida».

—Por tan pocas palabras, no atino quién es el autor. ¿Será tal vez el del ejército italiano que se conserva intacto? ¿Acaso es el hombre prodigio, literato, industrial, colonizador, emigrante, peliculista, político, en una pieza? ¿Tampoco? No acierto... ¡Ah! Seguramente es aquel hombre modesto que se complace en llenar de lodo a los grandes escritores de nuestro siglo de oro y en poner sobre las nubes todo lo que huele a galo.

(El señor A).—Ahora soy yo quien no lo entiende. ¿A quién se refiere V.?

—Con otro detalle que le dé, caerá V.: un cierto pedante que echó su cuarto a espadas en medicina para que le zurraran los médicos; un atrevido que escribe de todo y que nunca recoge las correcciones que le aplican; un señor que porque ha llegado en sus viajes hasta Bayona ¡nada menos que hasta Bayona! mira a los españoles, pobres ignorantes, por encima del hombro.

(El señor A).—Puede ser que acierte V. Cuando una persona de su talla...

—Un metro cincuenta y seis; si dijera V. de su estómago o de su tupé...

(El señor A).—Cuando un sabio tan reputado afirma que Alemania ha sido vencida, sus motivos tendrá, y no hemos de ser nosotros quienes los pongamos en duda.

—¿Qué día se firma la paz?

(El señor A).—¡Hombre, no vaya V. tan deprisal!

—Si Alemania ha sido vencida, ¿qué esperan los franceses para firmar la paz? ¿Que resucite? ¿Que sea más manifiesta la variedad de razas en los verdes campos de la más verde todavía Galia? ¿O es que han tomado afición al yelmo, que tan elegante es y da un aspecto tan gallardo y seductor al que lo lleva?

(El señor A).—Como V. quiera, don Subrio: todos sus discursos no modificarán la situación.

—Y los del *savant* ¿sí? Es un *savant* del que hasta ahora no he visto más sino que sabe poner las palabras unas a continuación de otras, copiar párrafos de libros viejos y darse bombo, mucho bombo. Como pertenece a la sociedad de socorros mutuos llamada de los *intelectuales* y aplica el «hoy por tí, mañana por mí», lo tiene todo hecho. Es uno de los más hermosos tipos de los *literatos* del siglo xx: un árbol con muchas hojas, sin raíces, tronco, ni ramas.

(El señor A).—Es demasiado atrevimiento el de V., don Subrio, porque todo lo puede V. negar menos que nuestro hombre sea un literato de cepa. Y se lo voy a demostrar leyéndole uno de los últimos admirables artículos que han salido de la pluma del ilustre autor.

—¿No será mejor que fumemos un cigarro? Humo por humo, prefiero el del buen tabaco.

(El señor A).—Oiga V. y medite (leyendo): «Entremos en la pequeña librería. En Francia son una delicia las tiendas de libros. Los libros, las revistas y

los periódicos nos salen al paso, se nos entran por los ojos, casi se nos llegan ellos mismos a las manos. El transeunte que entra en una librería, no causa por ello una desazón al mercador. En España se suele dar el caso inaudito...»

—No siga V.: aquí, una buena mano de azotes a España. ¡Oh, lo que puede el patriotismo, la corteidad intelectual y, sobre todo, el despecho de que los libros (?) del *eximio* se queden sin compradores. Pase V. esos párrafos, y si hay otros de provecho léalos usted.

(El señor A, leyendo).—«Cres nos presenta la obra de Pascal en dos volúmenes, impresa en un magnífico papel y con una tabla de materias y nombres: cosa esta última utilísima, muy usada en Francia, y que los editores de obras clásicas en España debieran poner en sus ediciones. Aún en obras de imaginación como el *Quijote*...»

—¿Otra vez? ¡Déjeme V. en paz, señor A, y no me envenene con majaderías.

(El señor B).—Por supuesto, que esa «pequeña librería» será el magnífico establecimiento de Hachette, o de Alcan, o de Cres, o...

(El señor A).—No, señor: la librería es de Biarritz.

—¿Lo oye V., señor B? Para sumergirse en el alma de Francia y quedarse con la boca abierta ante la literatura francesa, al pseudo artista no se le ocurre más que marcharse a Biarritz. ¡Mire V. que *descubrirnos* a Francia desde Biarritz!

(El señor B).—¿Qué finalidad tiene el artículo que nos leía V.?

(El señor A).—Darnos a conocer algunas obras recientemente publicadas en Francia y que vió en su visita a la «pequeña librería».

(El señor B).—Que son...

(El señor A).—*Pensamientos*, de Pascal; *Lamartine*, orador, de Barthou; la biblioteca titulada *El libro católico*;...

(El señor B).—¡Libros católicos y morales en una librería de Biarritz! ¿No será eso una broma, señor A? Porque en aquella playa abundan unas castas de pájaros y pájaras...

—Queda el rabo por desollar, señor B. Pero fíjese V. en la virulencia del método: elogio a Francia, el inefable goce de entrar en una librería de Biarritz... ¡Vaya V. a saber qué clase de libracos habrá hojeado allí! y el zarpazo y el desprecio a España; enseguida, el éxtasis ante el genio de *la France*, y por último... ¿no recomienda otros libros el *intelectual*?

(El señor A).—Unos libros preciosos: *Los alemanes y la ciencia*; *Alemania ¿posee el secreto de la organización?*; *Cartas de un soldado*;...

—¿Lo ve V., señor B? ¡Ya está aquí el venenol! Y no piensa el cuitado lo que significa la obsesión que hay en Francia por todo lo alemán; claro que es para vituperarlo, pero el que sabe leer en el fondo y no se deja llevar por las bellezas de la forma, obtenidas mediante el tiempo, la lima y la paciencia, descubre enseguida todo lo contrario de lo que pregona el admirador de Barrés y de Maurras.

(El señor A).—De manera que V. se atreve a desconocer...

—Mire V., señor A. Yo me limito a decirle por

vigésima vez que la literatura no ha de ser jamás la guía de nuestros sentimientos e intereses nacionales; que los hechos y la historia han de ser nuestros maestros; que podemos y debemos admirar a Shakespeare, pero no uncirnos al carro británico, y que aun cuando ningún autor francés llega a la talla del inglés, también hay entre ellos espíritus insignes, sin que el reconocimiento de esta verdad nos haga olvidar lo que nos ha enseñado la experiencia y lo que nos está enseñando todavía. Más claro: que la literatura no debe de servir para fijar la orientación de la política internacional, y que en todo caso sería menester comenzar por examinar en qué nación han florecido más y mejores ingenios; no sería Francia la que ocuparía el primer puesto, aunque otra cosa crean aquellas personas cuyos conocimientos lingüísticos se reducen a mal traducir el francés y que del mundo exterior sólo han atisbado Bayona... que tan amargos recuerdos despierta en nosotros, españoles... y Biarritz.

(El señor B).—¿No me dice V. nada de la guerra, don Subrio? Llevamos varias semanas sin ocuparnos en ella. Me desconozco a mí mismo.

—Ha perdido interés; ¿no ha oído V. el oráculo del señor A, que los alemanes están ya derrotados? Si han sido vencidos, dejemos que los entierren... en Francia.

(El señor A).—El señor B no me ha dejado lugar para que opusiera mi protesta a las afirmaciones de V. No se trata aquí de literatura, ni mucho menos, sino de civilización, de cultura, del progreso humano...

—Libertad, derecho, justicia, redención de oprimidos... Ya lo sé, señor A, y le digo a V. que si Dios castigase al mundo permitiendo la derrota de Alemania, veríamos si V., que es un buen patriota, aunque obcecado, persistiría en sus errores, y si los teorizantes continuarían su labor demoledora desde nuestro país o interpondrían prudentemente la frontera entre ellos y nosotros.

(El señor B).—Ni siquiera un mal comentario hemos puesto a la toma de Gorizia...

—¡Para *bersaglieris* y poesías estamos! ¡La rápida (catorce meses) toma de Gorizia! Si no hubiéramos visto lo que pasó en el Tirol, todavía podrían gallear los italianos. Por más que no hay que extrañarlo: en 1859, Francia e Italia cayeron sobre Austria; Francia venció y los italianos fueron de *testa*; en 1866, Austria tué atacada por Prusia e Italia; Prusia obtuvo la victoria e Italia salió descalabrada; ahora son Rusia e Italia...

(El señor B).—Dispara V. con bala explosiva, don Subrio.

—¡Qué quiere V., si me ha puesto de mal humor el señor A, con sus propagandas! ¡Señor, señor! ¿Para qué servirán el entendimiento y el sentido común?

(El señor A).—Sus ideas reaccionarias y anticuadas, don Subrio...

—Eso es lo que me duele: que llamen ustedes reaccionarios y atrasados a quienes se oponen a entregarse atados de pies y manos a los apetitos extraños. No desee V. el triunfo de Alemania, lo comprenderé perfectamente, pero que ansíe V. que la hoguera prenda junto a nuestra casa y que nuestros vecinos se hagan más ricos, poderosos, osados y atrevidos, no me cabe en la cabeza.

(El señor A).—¡Eleve V. el pensamiento, póngalo en la civilización y la libertad!

—¿Como los negros del Dahomey, Senegal, Madagascar; como los argelinos y tunecinos; como los indo-chinos; como los congoleses? Tanto lo han elevado ustedes que han perdido de vista el suelo que nos sustenta; pero no es V. el culpable, sino quienes le han sorbido los sesos, ellos sabrán por qué.

SUBRIO ESCÁPULA

EL PAPELEO

El papeleo, por desgracia, se agita más que nunca. De alto abajo de nuestra organización civil y militar ejerce sus estragos, paraliza las iniciativas, retarda y complica la ejecución de las labores más sencillas.

Se podría creer que la guerra, esa escuela de energía y responsabilidad, nos curaría, por lo menos momentáneamente, de este mal grotesco y odioso error. Lo ha exasperado más todavía.

Nos parecía, en tiempo de paz, que nuestro ejército, poderoso instrumento de acción, concebido y preparado para circunstancias excepcionales, estaba forzosamente reducido a una existencia excepcional; sus múltiples articulaciones y sus complicados mecanismos debían encontrar su justificación y su razón de ser delante del enemigo, el día del peligro; y hasta entonces le dispensábamos casi de tener una administración que se administrase laboriosamente a sí misma. Ha sonado la hora trágica. Una llama ardiente de te patriótica, brotada de las entrañas de la nación, ha abrasado el alma de nuestros soldados y de nuestros jefes; pero no ha vivificado la maquinaria rutinaria y pasiva de los servicios y de las oficinas.

Y, mientras que en el frente un magnífico espíritu guerrero anima con su virilidad vigorosa a los combatientes que luchan contra el invasor, detrás, las viejas costumbres, los antiguos métodos se van complicando, agravándose, reforzándose cada día.

El abuso de centralización, que bajo el pretexto de la unidad de mando, obliga al jefe a conocer detalles a menudo ínfimos, y reúne nominalmente en manos de un mismo hombre competencias y poderes que dista mucho de poder ejercer por sí mismo—el principio sacrosanto de la escala jerárquica, que mueve toda la cadena de las autoridades inferiores entre la orden y su ejecución, entre la pregunta y la respuesta—el miedo a las responsabilidades, que hace desear en todas las circunstancias la prueba escrita de las instrucciones dadas o cumplidas... hé aquí las causas profundas del mal; y la multiplicación incesante de los engranajes, la tiranía creciente de las secretarías y de las oficinas, el desbordamiento indefinido del papeleo son las manifestaciones.

Si todavía la llaga no molestase más que en los servicios de retaguardia, no tendríamos más que deplorar la pérdida de tiempo, dinero y fuerzas susceptibles de mejor empleo que ocasiona a la nación, principalmente por la creación de empleos inútiles, espléndidamente remunerados, que motivan la movilización de ejércitos de escribientes, robados a ocupaciones más útiles al interés general. Pero este vicio deplorable tiene consecuencias más graves.

El papeleo ejerce sus estragos también en el fren-

te. No se confina ya en las oficinas de retaguardia; ha invadido los Estados Mayores, los órganos del mando; se ha envalentonado; ha llegado a la misma línea de fuego; descendido a las trincheras; impuesto sus exigencias y sus minucias a los mismos combatientes; los agobia en medio de la batalla; y el ruido del cañón obsesiona menos que sus odiosas insistencias.

Se ha visto muy recientemente que, bajo la lluvia de las granadas alemanas, un coronel comandante de un brigada, se ha visto obligado, en pleno combate, a establecer a toda prisa, por segunda vez, bajo una orden imperativa llegada de la retaguardia, un informe relativo a un relevo no efectuado pocos días antes. Había ya dado los informes necesarios, pero el trabajo no estaba presentado, según parece, en la forma reglamentaria. Fué menester recomenzar su redacción en medio de la tempestad de explosiones, dejando momentáneamente a sus subordinados el cuidado de sostener la moral de las tropas y hacer frente a una situación terrible que exigía toda su atención.

Entonces también, mientras los ataques enemigos se desencadenaban furiosamente, otro jefe tuvo que aislarse en un abrigo improvisado para escribir precipitadamente una respuesta a una nota, enviada sin duda por alguna intervención inmotivada, que le preguntaba por cuáles motivos tal soldado no había obtenido su permiso en el momento en que estimaba que le había llegado el turno.

Y en todas partes sucede lo mismo. En esos puestos de honor y de peligro, en que todo el pensamiento, la atención entera debían estar concentrados al frente, hacia el enemigo que acecha o ataca, los jefes, a quienes está confiada la suerte inmediata de la batalla, son distraídos de su labor sagrada por esas vanas preocupaciones.

Piensen en su deber de soldados, y se les imponen deberes de escolares.

Librémoslos de esta sujeción deplorable. Déjémosles entregados a su labor sublime. Basta de notas, de informes, de estadísticas y de partes. En la línea de fuego, allí donde se ventila la suerte de los pueblos y la salud de la nación, toda palabra es inútil a menos que lleve aparejada una orden, y ninguna respuesta vale lo que los resultados.

CHARLES HUMBERT

(De *Le Journal*)

LA REBELIÓN DE IRLANDA

El parte oficial del general Sir John Maxwell, sobre la represión de la sublevación de los irlandeses, ha sido entregado recientemente a la publicidad por el Gobierno británico. Dice así:

«A las 12 15 de la madrugada del 24 de abril, se recibió un aviso telefónico de la policía metropolitana de Dublin, diciendo que el castillo de Dublin estaba siendo atacado por los Sinn Feiners armados. Esta noticia se confirmó inmediatamente por el ayudante de la guarnición de Dublin, quien refirió que, en ausencia del coronel Kennard, jefe de la guarnición, que había dejado su puesto poco antes y a quien los rebeldes le impedían incorporarse, había ordenado que todas las tropas disponibles de Portobello, Rich-

mond y los cuarteles reales, marcharan al castillo, y el 6.º regimiento de caballería de reserva hacia la calle Sackville.

»La fuerza combatiente de las tropas que estaban en Dublin consistía en aquel momento: 6.º regimiento caballería de reserva, 35 oficiales y 850 hombres; 3.º regimiento de irlandeses reales, 18 oficiales y 385 hombres; 10.º de fusileros reales de Dublin, 37 oficiales y 430 hombres; 3.º de tiradores reales irlandeses, 21 oficiales y 650 hombres.

»De estas tropas, un destacamento de 400 hombres, que estaba preparado desde los días anteriores, marchó desde luego, y el resto siguió poco después. A las 12.30 se expidió un mensaje telefónico al general Curragh, para que pusiera en movimiento la columna móvil, que había recibido orden de estar dispuesta para cualquier contingencia, y despacharla desmontada, en tren, a Dublin, tren que se le enviaría desde Kingsbridge. Esta columna, bajo el mando del coronel Portal, consistía en 1.600 oficiales y soldados, de la tercera brigada de caballería de reserva.

»Casi inmediatamente después del despacho de este aviso telefónico, quedó interrumpida la comunicación con Dublin, y por varios conductos se supo que los Sinn Feiners se habían apoderado del edificio de Correos, en la calle Sackville, del Almacén de Fenix Park, las cuatro Courts, la fábrica de galletas de Jacob y otros edificios en diferentes puntos de la ciudad. Como la ocupación de Correos por los Sinn Feiners impedía el uso del telégrafo, se envió un parte, dando cuenta de la situación en Dublin, a la 1.10 al Centro Naval de Kingstown, pidiendo que la noticia del alzamiento se transmitiera radiotelegráficamente al Almirantazgo y al Gobierno. Así se hizo.

»Los primeros objetivos señalados a las tropas consistieron en recobrar el Almacén de Fenix Park, donde los rebeldes habían entregado a las llamas una cierta cantidad de municiones, prestar auxilio al Castillo y reforzar las guardias del palacio del virrey y otros puntos de importancia. El almacén fué pronto recuperado, pero las tropas que marchaban al Castillo fueron contenidas por los rebeldes que ocupaban las casas inmediatas y habían barricado las calles con carros y otros objetos. Entre 1.40 y 2, 50 hombres del 3.º de tiradores reales irlandeses y 130 hombres del 10.º de fusileros reales de Dublin alcanzaron el Castillo por la calle de la entrada del Ship. A las 4.45, llegó el primer tren de Curragh, y a las 5.20 toda la columna de caballería, fuerte de 1.600 hombres, mandada por el coronel Portal, enviándose uno de los trenes desde Kingsbridge a la muralla del norte para reforzar la guardia de los Docks.

»Durante el día, se despacharon a Dublin las siguientes tropas: a. Una batería de cuatro cañones de 18 libras, de la brigada de artillería de reserva de Athlone; b. El cuarto de fusileros de Dublin, desde Templemore; c. Un batallón mixto, de Belfast; d. 1.000 hombres, de Curragh. El aviso para la venida de estas tropas fué enviado en uno de los trenes que regresaban al Curragh.

»Durante la tarde y la noche, hubo pequeños combates entre las tropas y los rebeldes.

»El tercer regimiento de irlandeses reales, en su camino al Castillo, fué tenido en jaque por los rebeldes en la Unión Sur de Dublin, que habían atacado

y ocupado en parte; un destacamento de 2 oficiales y 60 hombres del 6.º regimiento de reserva de caballería, que llevaban algunas municiones desde la muralla del Norte, fué rodeado en la calle Cárlos, pero consiguió defender su convoy y se defendió con la mayor bravura durante tres días y medio, hasta que fué socorrido. En este combate, el oficial comandante fué muerto y el otro herido.

»Los rebeldes en Saint Stephen's Green fueron atacados, y algunos piquetes con ametralladoras, esblecidos en el Club del Servicio y en el Hotel Selbourne, dominaban la plaza y sus avenidas.

Park, el Castillo y la calle Ship, el Hospital Real, todos los cuarteles, el Kingsbridge, la calle de Amiens, las estaciones de la muralla del Norte, el teléono de Dublin, la estación eléctrica, el Colegio de la Trinidad, la cárcel Monntjoy y la bahía de Kingstown. Los Sinn Feiners ocupaban la calle Sackville y los grupos de casas de alrededor, incluyendo el Hall de la Libertad, con su cuartel general en la casa de Correos, los cuatro Courts, la fábrica Jacob, la Unión Sur de Dublin, Saint Stephen's Green, todas las avenidas del Castillo, exceptuando la entrada de la calle Ship, y muchas casas en toda



Trinchera inglesa en las dunas de Flandes

»A las 9.35, el coronel Kennard, comandante de las tropas de Dublin, llegó al Castillo con otra partida de 85 hombres del 3.º de irlandeses reales. La defensa de los Docks en la muralla del norte quedó a cargo del comandante H. F. Somerville, que mandaba un destacamento de la escuela de tiro, reforzado por 330 oficiales y hombres del 9.º regimiento de reserva de caballería. La ocupación del edificio de Aduanas, que dominaba al Hall de la Libertad, se verificó por la noche, y fué de gran auxilio en las últimas operaciones contra dicho Hall de la Libertad.

»A media noche, poseíamos el Almacén, Fenix

la ciudad especialmente en Balls Bridge y Beggar's Bush.

»La facilidad con la cual los Sinn Feiners pudieron apoderarse de tantos puntos importantes fué debida, a mi juicio, al hecho de que grupos armados de paisanos habían gozado de permiso para marchar y formar en las calles de Dublin y por todo el territorio, sin que se les opusieran dificultades.

»El resultado fué que grandes fuerzas de paisanos armados, particularmente en aquel día de Pascua, pasaban, si no sin advertir, sí sin oposición, y pudieron hacer libremente lo que quisieron. Además, la policía de Dublin, que estaba desarmada y era im-

potente contra esos rebeldes, se retiró de las zonas que ellos ocupaban.

»En el momento de la sublevación, el mayor general Friend, a la sazón comandante de las tropas de Irlanda, disfrutaba de licencia en Inglaterra, y al saber la noticia se puso en camino aquella noche, y llegó a Dublin en la mañana del día 25. Me dijo que en la conferencia que había celebrado con V. S. quedó acordado el envío de dos brigadas de infantería de la 59 división, y que la otra brigada y artillería de esta división estaban preparándose para marchar también.

de la Trinidad, pasando por el Castillo. Esto quedó ejecutado en la noche del 25 de abril, con escasas pérdidas. Dividió así las fuerzas rebeldes en dos grupos, dando una segura línea de avance a las tropas que operaban de N. a S., y permitió la comunicación con algunos comandantes de sector, por medio de estafetas montadas. Los únicos medios de comunicación que hasta entonces se habían tenido eran el teléfono.

»Los voluntarios de la Universidad de Dublin, mandados por el capitán Alton y luego por el comandante Harris, defendieron el edificio hasta la



Soldados belgas tomando el rancho

»El 25 de abril, el general Lowe, comandante de la brigada de reserva de caballería en Curragh, llegó a la estación de Kingsbridge a las 3 45 con las tropas de cabeza de la 25 brigada de infantería de reserva, y asumió el mando de las tropas de Dublin, que estaban compuestas por 2.300 hombres de la guarnición, la columna móvil de Curragh de 1 500 ginetes desmontados, y 840 hombres de la 25 brigada de reserva de infantería.

»Para auxiliar y poner en comunicación al Castillo, el coronel Portal, comandante de la columna móvil, recibió la orden de establecer una línea de puestos desde la estación de Kingsbridge al colegio

llegada de las tropas. Esto permitió mantener separado el núcleo rebelde de la casa de Correos del núcleo de Saint Stephen's Green, y sirvió de base para la reunión de refuerzos a medida que llegaban, impidiendo además a los rebeldes la entrada en el Banco de Irlanda, directamente opuesto y dominado por los edificios del Colegio.

»Durante aquel día, el 4.º de fusileros de Dublin, desde Templemore, un batallón mixto del Ulster desde Belfast y una batería de cuatro cañones de 18 libras de la brigada de artillería de reserva de Athlone llegaron, y se pudo formar un cordón de tropas alrededor de la parte norte de la ciudad. La estación

de Broadstone quedó limpia de rebeldes, y una brigada junto a Philsborough fué destruida por el fuego de la artillería.

»Como los rebeldes sostuvieran un vivo fuego contra el Castillo, desde las casas del ayuntamiento y las oficinas del *Daily Express* y otros edificios fronteros al City Hall, se decidió atacar esas construcciones. El asalto a las oficinas del *Daily Express* fué felizmente ejecutado, bajo un violento fuego, por un destacamento del 5.º de fusileros de Dublin, mandado por el 2.º teniente O'Neil. Las fuerzas rebeldes principales quedaron localizadas alrededor de la calle Sackville, los cuatro Courts y los edificios inmediatos, por lo que se resolvió rodear la zona norte por un cordón de tropas, para localizar en lo posible los esfuerzos de los rebeldes.

»Por la tarde, la 178 brigada de infantería comenzó a llegar a Kingstown, y se dividió en dos columnas. La de la izquierda, consistente en los batallones 5.º y 6.º hacia el Hospital Relá, a donde llegó sin tropiezos. La de la derecha, compuesta de los batallones 7.º y 8.º, hacia el colegio de la Trinidad. Esta columna, con el 7.º batallón en cabeza, hubo de detenerse en la esquina norte de Haddington Road y avenida Northumberland, fuertemente ocupada por los rebeldes, pero con apoyo de partidas de granaderos, organizadas y conducidas por el capitán Jeffares, los rebeldes fueron expulsados.

»A las 3.25 el 7.º batallón tropezó con fuerte oposición de los rebeldes que se habían refugiado en las escuelas y otras casas del lado Norte, y dos oficiales resultaron muertos y varios heridos.

»A las 5.30 se recibió la orden de que el avance hacia el colegio de la Trinidad se ejecutara a toda costa, por lo que a las 8, después de minuciosa preparación, toda la columna, acompañada por partidas de granaderos, atacó las escuelas y casas que eran el centro de la resistencia, apoderándose de todas ellas tras de varias cargas, aunque padeciendo grandes pérdidas. Cuatro oficiales fueron muertos, 14 heridos, y hubo otras 216 bajas en la tropa. El brío demostrado por ambos batallones merece especial mención.

»Dada la resistencia con que se tropezaba, no era de aconsejar seguir avanzando aquella noche hacia el colegio de la Trinidad, de modo que a las once el 5.º regimiento de la 176 brigada de infantería reforzó esta columna, y, ocupando las posiciones conquistadas, permitió que los dos batallones se concentraran en Balls Bridge.

»En conexión con este combate, donde tuvimos las mayores pérdidas, he de mencionar el valeroso auxilio prestado por varios médicos, señoras, enfermeras y muchachas del servicio doméstico, que asistieron a los heridos con gran riesgo de sus vidas, y continuaron sus esfuerzos bajo el fuego enemigo.

»Entretanto, otro fuerte combate se desarrollaba en el sector de la calle de Sackville. A las 8.30 el Hall de la Libertad, que había sido el cuartel general de los Sinn Feiners, fué atacado por la artillería de campaña desde la orilla S. del río Liffey, y por otro cañón desde el barco patrulla Helga, lo que permitió realizar considerables progresos.

»En la noche del 26 al 27 de abril varios incendios estallaron en este distrito, amenazando extenderse por la capital, porque la brigada de bomberos

no podía trabajar, toda vez que la tiroteaban los rebeldes. Nuevas tropas de la 176 brigada llegaron a Dublin.

»El 27 de abril otra columna mixta, bajo el mando del coronel Portal, completó el cordón alrededor de los rebeldes del distrito de Sackville, con escasas bajas. A las 12.45 los cuarteles de Linnen Hall fueron entregados a las llamas por los rebeldes y destruidos. Al anochecer, la 177 brigada de infantería llegó a Kingstown, donde pasó el resto de la noche.

»A las 2 de la madrugada del 28 de abril, llegué al muro del Norte y encontré numerosas casas de la calle Sackville entregada a las llamas, iluminando a toda la ciudad, oyéndose la fusilería y el disparo de la artillería en diferentes puntos. Marché al real Hospital. Después de conferenciar con los generales Friend y Lowe, ordené al último que avanzara sobre la calle de Sackville desde el E. y O., casa a casa. Puse a su disposición un batallón para que acordara el gran canal, encerrando de este modo la parte Sur de la ciudad y formando un cordón completo alrededor de Dublin.

»Durante la tarde llegaron otros dos batallones al colegio de la Trinidad, por lo que pude establecer otro cordón alrededor de los cuatro Courts. Durante la tarde, el destacamento del 6.º regimiento de reserva de caballería, que había estado ocupado en la escolta de fusiles y municiones, fué relevado por automóviles armados, acorazados a toda prisa en los talleres del ferrocarril y puestos a mi disposición.

»Aquella noche continuó la labor de expulsar a los rebeldes del distrito de Sackville, operaciones dificultadas por los incendios y por la circunstancia de que algunas casas que eran pasto de las llamas contenían municiones y sustancias explosivas, que amenazaban estallar. En otros barrios de la ciudad, las tropas tenían que hacer frente a los numerosos rateros y ladrones que se aprovechaban de las sombras de la noche.

»A consecuencia de la resistencia que se hacía desde las barricadas, hasta las 9 de la noche del 29 de abril no estuvo completamente en nuestro poder el sector de los cuatro Courts.

»Durante la mañana se prosiguió vigorosamente la limpieza de aquel distrito, apoyando eficazmente a la infantería una batería de artillería de campaña, que dirigió sus piezas contra las casas ocupadas por los rebeldes, con tan buen efecto, que una enfermera trajo un mensaje del caudillo rebelde Pearse, ofreciendo rendirse. Se le contestó que sólo se aceptaría la rendición sin condiciones. A las 2, se rindió Pearse, y llevado a mi presencia, redactó y firmó notas ordenando a los varios jefes que se rindiesen incondicionalmente. Durante la tarde, los más de los rebeldes de la calle de Sackville y los cuatro Courts se entregaron.

»A primera hora del 30 de abril, dos monjes franciscanos me informaron que el jefe rebelde Macdonagh, declinando aceptar las órdenes de Pearse, deseaba negociar. Se le contestó que sólo se le permitiría la rendición sin condiciones, y a las 3, cuando ya estaban hechos los preparativos para el ataque contra la fábrica Jacob, Macdonagh y su banda de rebeldes se entregaron. También se rindieron, en el distrito de Saint Stephen's Green la condesa Markiewicz y

sus gentes, que fueron trasladadas al Castillo. Así terminó prácticamente la rebelión en la ciudad de Dublin.

»En la noche del 30 de abril al 1.º de mayo, rebeldes aislados continuaron haciendo fuego a las tropas, pero en el 1.º de mayo la resistencia decreció gradualmente y como se registró casa por casa, cesó la agitación.

»Durante los combates que tuvieron lugar en Dublin, se recibieron alarmantes noticias de varios distritos de Irlanda, en particular de los condados de Dublin, Meath, Louth, Galway, Bexford, Clare y Kerry.

»El 27 de abril fué enviado un destacamento a Arklow para reforzar la guarnición de la fábrica de explosivos de Kynoch, y otra pequeña partida a la estación radiotelegráfica de Skerries. El 28, marchó un batallón a Athlone a proteger los almacenes militares y de artillería y a mantener la comunicación en el río Shannon.

»El general Stafford, gobernador de Queenstown recibió instrucciones para que empleara con gran discreción las tropas a sus órdenes, y el 30 de abril recibió un batallón de Inglaterra, y otro de marina, y más tarde el resto de una brigada.

»El general Hackett Pain, que mandaba en el Ulster, hizo excelente uso de sus tropas, y gracias a sus disposiciones y a las del otro general, los Sinn Feiners del N. y S. de Irlanda no tomaron parte activa en la rebelión.

»El 28 de abril recibí la noticia de que una columna de policía había caído en una emboscada tendida por los rebeldes en Ashburne, de la que resultaron dos inspectores y ocho agentes muertos y catorce heridos. Hasta el 30 de abril no me fué posible enviar una columna móvil a dispersar este cuerpo de rebeldes, cuyos jefes fueron apresados.

»También menudearon los ataques contra la policía en otros puntos de Irlanda, de modo que tan pronto como fué dominada la rebelión en Dublin, organicé varias columnas móviles, compuestas cada una de una o dos compañías de infantería, un escuadrón de caballería, una pieza de artillería y un automóvil armado.

»A cada columna se le asignó un sector determinado, en combinación con la policía local, y fueron arrestados los Sinn Feiners más peligrosos y las personas que se sabía habían tomado parte en la conspiración. Muchas armas pertenecientes a los Sinn Feiners fueron recogidas o presentadas. La presencia de estas columnas ejerció los más saludables efectos en los distritos rurales, en muchos de los cuales no habían visto tropas durante años enteros».

UNA ARENGA DEL KAISER

La prensa alemana ha publicado el texto de la alocución dirigida por el Kaiser a la 3.ª División de la Guardia, en la Champagne, el 20 de abril último. Dijo así:

«Saludo a las varias unidades que componen la 3.ª División de infantería de la Guardia, en el teatro occidental de la guerra. Durante la presente campaña, la 3.ª División de infantería de la Guardia ha realizado, con gran satisfacción para mí, memorables

hazañas, de acuerdo con su origen y organización. Las terribles batallas en los Cárpatos, el avance hasta la aproximación del invierno, los combates sostenidos en las posiciones ocupadas, forman una larga lista inscrita en la historia gloriosa de los diversos regimientos.

»A vosotros, fusileros, no os he vuelto a ver desde la primavera de 1914, salvo a un corto destacamento en Brzezany, ni desde los días en que os encontrabais en Doberitz. Ahora habéis desplegado ante el enemigo, en todas las condiciones, lo que habíais aprendido y practicado durante los muchos años de paz. Por este motivo, como antiguo jefe que fuí de vuestra brigada, os expreso mi mayor aprecio. Obedeciendo mis órdenes, habéis venido del teatro oriental al occidental, a anunciar al enemigo que se acerca una época marcial.

»El regimiento de infantería de guardias de Corps recibe hoy por primera vez mi saludo, en su presente organización. Proviene del batallón que era el prototipo de todo mi ejército, aquel que en tiempos pasados tenía el honor de guardar la persona del Rey, su casa y su familia, el que estaba en diario contacto con su persona y constituía, por ende, el lazo entre la Guardia Prusiana y el ejército. Inspirándose en su elevado origen militar, la conducta de este cuerpo en la batalla ha sido intachable. Recibid mi saludo.

»¡Vosotros, Colbergs! Ya nos hemos encontrado en otra ocasión en el Este. Ahora os he traído aquí. Jamás será olvidado el heroísmo que habéis demostrado. Habéis impuesto la ley, escrita con hierro, al enemigo, que jamás olvidará las bayonetas de vuestros fusiles. Simiekovce será para vosotros una honrosa y gloriosa página, así como las batallas en los Cárpatos y los combates en Zwinin. Estas proezas son ya inseparables de vosotros.

»Las demás unidades que pertenecen a la División, la caballería y la artillería, pero especialmente la artillería, han prestado a la infantería, en esos terribles combates, todo el apoyo que en esta guerra espero que se le dé a la infantería.

»El conjunto de la División ha llegado a este frente con una sólida reputación y en las mejores condiciones. En el Oeste es donde ahora nos esperan las mayores pruebas. El enemigo que ahora vais a combatir no es el mismo que el de antes; aquí hay más inteligencia, más destreza, más movilidad, más poder de resistencia. Está defendiendo su suelo nativo palmo a palmo, con la resistencia de la desesperación, y eso lo digo en su elogio. Pero es menester que sea vencido. Ha preparado su propia sepultura y debemos de enterrarle. A la tercera División de la Guardia corresponde el señalar al enemigo qué clase de soldados son los que tiene entrente; quiera el Dios todopoderoso, que tanto os ha asistido en muchas horas de peligro, concederos la victoria. Imploramos de El la paz que deseamos. ¡Soldados!, cuento con vosotros».

La tercera división de la Guardia se ha cubierto recientemente de gloria en la batalla del Somme, contentiendo muchos días al ejército inglés, inmensamente superior en número, al que presentó una resistencia tenacísima que rompió su ofensiva. El comandante en jefe del ejército británico, Sir D. Haigh, hizo plena justicia al comportamiento y al valor de ese cuerpo de tropas escogidas.

CRÓNICA MILITAR

I. La expedición a Salónica.—II. La última campaña en el frente oriental.—III. La intervención de Rumanía en la guerra.
IV. La situación el 31 de agosto

I.—La expedición a Salónica

Con motivo de los reconocimientos efectuados por las tropas serbias en la frontera griega y de los combates en la estación de Doiran, ha vuelto a fijarse la atención en la posible utilidad y probables objetivos del ejército aliado que se encuentra en Salónica. Hay quien considera el desembarco allí y la presencia del ejército aliado frente a los búlgaros como una medida plausible y muy acertada; mientras que otros califican de notorio error la resolución de Francia e Inglaterra, y esto sin considerar más que el aspecto militar de la cuestión.

Un ejército, cualquiera que sea el punto en que se halle, influye en la marcha general de las operaciones, y si su efectivo se aproxima a medio millón de hombres, como el del general Sarrail, entonces el adversario tendrá que contar con él al idear y desarrollar sus planes. Lo mismo en Salónica que si hubiera desembarcado en Albania o en las costas de

buscarlo, han restado de los frentes ruso y francés veinte divisiones enemigas, que han ido a ponerse enfrente de los búlgaros. Todavía sería disculpable esa diversión si fuera probable que el ejército búlgaro se trasladara a otro teatro; esta contingencia no la ha admitido nadie, porque la incógnita de Rumanía y el peligro de un desembarco de los aliados por sorpresa, lo hacen de todo punto inaceptable.

Tiene que aceptarse que hasta ahora el ejército de Salónica no ha tomado parte en la guerra; que se encuentra allí hace cerca de nueve meses en previsión de lo que pueda ocurrir algún día, y que dada la supremacía marítima de los aliados, un solo mes les hubiera bastado, en caso necesario, para llevar a Salónica o a otro punto el ejército que manda el general Sarrail. Durante los otros siete u ocho meses hubieran podido obtener de las tropas y material un rendimiento que ha sido nulo en aquella plaza griega. ¿Habría quien negue que los doscientos mil franceses de Salónica, todos ellos aguerridos, y los dos-

PROYECTILES MODERNOS



Siria o se hubiese trasladado a la lejana Persia, un núcleo tan importante de combatientes pesa por sí mismo e indefectiblemente fija y atrae a un cierto número de fuerzas enemigas.

Pero lo que en el presente caso se discute no es eso; nadie pretende que el ejército aliado de Salónica sea un factor despreciable, perdido para la decisión de la guerra, sin utilidad ninguna; lo que he sostenido desde el mes de diciembre pasado—hace cerca de nueve meses—es que a esas tropas podía y debía de dárseles mejor empleo. Cuatrocientos mil franceses e ingleses más algunos millares de serbios, consiguieron en los primeros tiempos inmovilizar tres o cuatro divisiones alemanas; después, ni una siquiera. Han sido los búlgaros los encargados de vigilar la frontera y defender contra una eventual agresión los territorios conquistados a los serbios; esta empresa interesa principal y exclusivamente a Bulgaria, que no necesita apremios ni consejos de sus aliados para obrar conforme a sus conveniencias nacionales. De modo, que los austro-alemanes, sin distraer tropas de los tres teatros E., O. y S., y sin

cientos mil ingleses, hubieran acaso cambiado el sesgo de las operaciones en Verdun y el Somme? Los ejércitos influyen por su simple acto de existencia, pero lo que importa es que influyan en el lugar y ocasión convenientes; y las tropas de Sarrail podrán ser útiles mañana, puesto que nadie sabe lo que va a suceder, pero sería excesivo el pretender que en previsión de algo lejano e incierto, se mermen los recursos, no sobrados, en hombres de los aliados en medio millón de combatientes, cuando por falta de ellos ni se consigue la victoria en el Somme ni se detiene al sitiador en Verdun.

Simplemente el recuerdo de los sucesos pasados demostrará que el desembarco en Salónica no fué una medida de previsión, sino una resolución tardía e incompleta. Allá fueron contingentes franceses e ingleses, que cruzaron la frontera y trataron de dar la mano a los serbios, a la sazón en completa derrota; ante el empuje de fuerzas superiores, los aliados hubieron de replegarse a toda prisa y refugiarse en Salónica; en su persecución, alemanes y búlgaros se detuvieron en la frontera, y entonces surgió la duda

de si convenia reembarcarse o permanecer allí. Mediaron razones políticas, hubo de tenerse en cuenta la posible actitud de Grecia, y al cabo se optó por la ocupación de Salónica. Estos son hechos que nadie puede desconocer. En el terreno de las hipótesis, tal vez se creyó que el ejército expedicionario obligaría a los alemanes a destacar fuerzas de observación casi iguales; si así fué, los alemanes, que movieron sus divisiones de un lado a otro y amagaron un ataque, contribuyeron a la equivocación del adversario, que fué reforzando sus contingentes a medida que los alemanes disminuían los suyos, hasta que por fin surgió la situación actual. Teniendo en cuenta estos antecedentes, el desembarco en Salónica no se debió al pensamiento de lo que podría ocurrir en lo futuro, sino que fué un acto tardío de socorro a los serbios. Hay motivos fundados para creer que razones de índole moral obligaron a sostenerlo, porque el abandono de aquella expedición inmediatamente después

sus tropas empleadas en la campaña contra los serbios.

¿Persistirá hasta el fin la inacción del general Sarrail? No es de creer. En Francia se alzan voces de vez en cuando que piden se ponga término al presente estado de cosas; se sostiene que cuando la guerra se reaviva en Rusia, Francia e Italia, no es lícito que reine el descanso en Salónica. La misión del comandante en jefe, el día en que se comiencen las operaciones activas, será difícil y árdua, porque no puede limitar su objetivo a la posesión de una zona de terreno o a la conquista de una capital—que era lo que se perseguía en Gallípoli—, sino que habrá de ejecutarse una campaña de invasión partiendo de una base tan menguada como es la de Salónica; casi no se concibe que se dé orden a Sarrail de iniciar tan magna empresa, que sólo tendría probabilidades de éxito si se acentuasen los éxitos de los rusos e italianos y Rumanía abandonase la neutralidad.



Prisioneros rusos en el frente de Besarabia

de los reembarcos en Gallípoli hubieran puesto a toda la península balcánica al lado de los imperiales. Justifíquese en buen hora el error militar, pero no se llegue a la exageración de diputarlo acierto, ni fundándose en lo que podrá acontecer y que nadie sabe, se aplauda la inmovilidad de medio millón de hombres en un rincón de Grecia, con las dificultades de una larguísima línea marítima de comunicación, cuando en los teatros principales se libran terribles batallas.

El argumento que desde Salónica se amenaza el camino del Asia, o el alegato de que Rumanía está pendiente de lo que haga el general Sarrail ¿merece refutación? Mucha imaginación y completo olvido de la realidad se necesita para lo primero; en cuanto a Rumanía, su conducta está más enlazada con la campaña rusa, y, en todo caso, fué mejor ocasión la que se le presentó cuando los aliados estaban en la Macedonia serbia y los búlgaros tenían casi todas

Después de escrito—el 19 de agosto—este apartado, se ha sabido el desembarco en Salónica de algunas tropas italianas y el general Sarrail ha iniciado el despliegue de su ejército, que ha provocado la contra-ofensiva de los búlgaros. A pesar de ambos hechos, subsisten las razones para calificar de error la expedición. ¿Se va a derrotar a Bulgaria, vencer a Turquía y reconquistar Serbia partiendo de Salónica, cuando no se pudo ayudar a los serbios a pesar de encontrarse los aliados en Gallípoli, amenazando a Constantinopla? Donosa manera de hacer la guerra sería ésta; permitir que el adversario desarrollara sus planes y realizase sus objetivos, sin molestarle durante la ejecución de la campaña, para emprender después la obra infinitamente más costosa y difícil, de reconquistar lo que no se defendió. El ejército del general Sarrail se propondrá o no objetivos de orden militar, pero su presencia en Grecia y las operaciones que emprenda tienen esencialmen-

te una finalidad política, que escapa del marco de estas *Crónicas*.

II.—La última campaña en el frente oriental

La ofensiva rusa ha sido contenida y se necesitará otro vigoroso empuje para hacer retroceder el frente austro-alemán. No ha comenzado la contraofensiva del mariscal Hindenburg; el momento es a propósito para hacer algunas reflexiones generales sobre los acontecimientos de los últimos tres meses.

Los rusos han obtenido ventajas materiales positivas, como son la reconquista de algunos de sus territorios, la ocupación de Bukovina y un pedazo mayor de Galizia, la llegada a los Cárpatos y la derrota de los imperiales, dando a la voz derrota el mínimo significado táctico. Pero en el orden estratégico no se han adueñado, en tres meses de incesante batallar, de Kovel ni de Lemberg; no han roto ni hundido la línea enemiga; no han logrado que ni austriacos ni alemanes se declarasen en retirada, puesto que su movimiento de retroceso se ha reducido a ir ocupando posiciones situadas más al O. o al S., sin dejar de combatir; no ha habido un solo caso de persecución real y efectiva. Han empujado el frente enemigo: esto es todo. Mientras no conozcamos las pérdidas de rusos y austro-alemanes no podemos dudar de victoria o de fracaso esta ofensiva rusa. De victoria brillantísima se calificó el éxito táctico de los franceses en Champagne en septiembre de 1915; a los seis meses la misma prensa reconocía que aquello había sido un fracaso y una equivocación lamentable.

No concentraron los rusos sus fuerzas sobre los objetivos principales; distribuyeron sus esfuerzos en todo el frente, y a pesar de su inmensa superioridad en hombres, les faltaron combatientes para elevar, en los dos momentos álgidos de la batalla, la ventaja táctica a victoria estratégica. Así el avance al S. O. de Luzk perdió su energía cuando más necesaria era la continuación del empuje, la marcha arrolladora en Bukovina se extinguió antes de llegar a los Cárpatos. La moral de las tropas, la dotación de material y municiones, los servicios de retaguardia..., han mejorado mucho en el ejército ruso; la amarga experiencia le ha enseñado más que diez años de paz. Pero en el planteo y ejecución de la campaña no brillan aquellos destellos que, cuando brotan, son exclusivamente potestativos del mando. En las campañas de los imperiales en ese mismo frente, tales destellos fueron los que atrajeron la atención pública; en la acometida rusa se observa, ante todo, una avasalladora fuerza material que empuja a un enemigo más débil, enemigo que la contenía y la sigue conteniendo. Es el mismo cuadro, muy engrandecido, que se presenta en el teatro del Oeste y en el del Sur.

Dado el esfuerzo, los resultados han sido mínimos. Y es que, frente a los ataques uniformes de los rusos, dos generales se pusieron a la altura de las circunstancias y salvaron la situación.

Pérdidas Dubno y Luzk, y en marcha los rusos hacia Kovel, el general Linsingen, en la izquierda alemana, tomó audazmente la ofensiva y emprendió un violento contraataque; las fuerzas inmensas que contra él arrojaron los rusos, no arredraron su ánimo;

persistió en los asaltos, y gracias a su clara visión de la guerra y a la abnegación de sus tropas, logró atraer hacia sí el grueso enemigo y puso término a la amenaza que se cernía sobre Kovel. Entonces se retiró al Stochod.

En el centro, el conde de Bothmer rompió la continuidad del avance ruso; mantúvose inquebrantable; tuvo sus dos alas casi envueltas, y persistió tenazmente en la defensa de sus posiciones. Como Linsingen en el N., Bothmer obligó al enemigo a redoblar sus esfuerzos; cedió la presión que se ejercía sobre la derecha austriaca, bastante maltrecha, y cuando ésta terminó su reorganización y se encontró de nuevo en estado de batirse sin desventaja, Bothmer efectuó una retirada magistral y escapó sin quebranto de las garras que se tendían hacia él. En este momento entró en funciones Hindenburg y cambió la marcha de la campaña.

A mi juicio, fuera de la poca previsión demostrada por los austriacos y del efecto de sorpresa de las primeras jornadas, se encuentran más méritos en el mando austro-alemán que en el ruso; el primero podrá envanecerse más que el segundo de los resultados obtenidos, habida cuenta de los medios de que disponían uno y otro. La campaña de Francia de 1814, que terminó con la abdicación de Napoleón, es una de las más notables y gloriosas de aquel insigne caudillo.

Se ha patentizado en esta campaña un hecho que la experiencia de dos años parecía haber desterrado. El envolvimiento de las alas no da resultados completos, sino a condición de ponerlas en declarada derrota y de hacer vacilar el centro. ¡Cuántas veces el comienzo sólo de ese doble envolvimiento ha hecho perder la campaña a los rusos, cuyo repliegue, por no resistir el centro, se trocaba en huida desastrosa! Esa diferencia entre la conducta de unos y otros dimana exclusivamente de la capacidad y determinación del mando. En unos casos, ha bastado la iniciación de una maniobra para lograr el objetivo deseado; contra otras tropas, el efecto no se alcanza mientras no se complete la maniobra, y un ánimo esforzado y que tenga confianza en sus tropas, dispone de muchos medios—por crítica que sea la situación—para entorpecerla y malograrla. Si algo hay que extrañar en esa campaña de tres meses, es que la victoria rusa no haya sido más positiva. La segunda campaña, que se avecina, conducirá a resultados más decisivos. ¿La emprenderá también Brusilov o será Hindenburg?

III.—La intervención de Rumanía en la guerra

La intervención de Rumanía en la guerra, al lado de los aliados, es un acontecimiento de grande importancia militar.

Prescindamos, siguiendo nuestra costumbre, de la organización externa de aquel ejército, de citar sus miles de bayonetas, sables y cañones. Por grande que se suponga la fuerza militar de los rumanos—y hay quien, con notoria exageración, la hace ascender a 800.000 hombres con el material proporcionado—significaría muy poco, vertida en la masa de muchos millones de hombres que componen los ejércitos beligerantes. Otros aspectos son de más interés.

El ejército rumano, a diferencia del búlgaro y del serbio, recuerda poco a los grandes modelos del centro y oriente de Europa. Con ciertas reminiscencias del ruso y alemán, se parece mucho más al francés en sus hábitos, su instrucción y sus métodos. Dicho esto, queda declarado implícitamente que carece del nervio, de la austera sobriedad de sus vecinos serbio y búlgaro, pero, en compensación, se ha atendido más a la intelectualidad, al estudio, a las disciplinas del entendimiento; se observa también, en la oficialidad, un mayor refinamiento, una separación bastante más acentuada entre ella y la tropa. Es un ejército nuevo, de reciente historia, que ha querido llegar por medio de un salto a la situación militar de los pueblos de más antigua y remota tradición guerrera. En vano se buscarían allí las costumbres patriarcales y sencillas que tanto sorprenden al observador en los ejércitos balcánicos; la oficialidad tiende insensiblemente a formar una especie de casta, de cultura superior, muy elevada sobre los elementos campesinos que nutren principalmente a los cuerpos. Esto, junto con el afán de adoptar las últimas novedades y las más recientes progresos, da a aquellas tropas una fisonomía especial: es un ejército que ha evolucionado demasiado deprisa y en el que es probable—aunque serán los hechos quienes lo revelen—que si se escarba un poco se encuentre algo y aún mucho de ficticio y sobrepuesto.

Los rumanos se batieron muy bien en el primer período de la guerra turco-rusa, 1877-78, en la que resultaron sumamente castigados; pero el ejército actual apenas tiene ningún punto de contacto ni heredado de aquel: es una institución nueva, aún no sometida al crisol de la prueba, puesto que en la campaña de Bulgaria, en 1913, no llegó a disparar un tiro. Como organización, número y material figura a la cabeza de los balcánicos; en cuanto a espíritu y cohesión verdad, es probable que esté detrás del búlgaro y serbio. Esto no se verá mientras la adversidad no le azote.

Desde el punto de vista nacional, los rumanos pueden optar entre atacar a Austria, en la frontera transilvana, o atravesar el Danubio y acometer a los búlgaros. Aquella frontera es de defensa relativamente fácil, y si los rumanos se propusieran el primer objetivo se reproduciría con facilidad el cuadro de la lucha austro-italiana: la campaña quedaría estacionaria o se desarrollaría con gran lentitud, sin ventajas de consideración para el ofensor. Pero éste, limitándose a ejercer presión sobre los austriacos, contribuiría a la causa común, se abstendría de realizar grandes sacrificios y obtendría indudables ventajas el día de la paz, si triunfasen los aliados. Con un mínimo de exposición, Rumanía reportaría los beneficios de una victoria. La época, ya adelantada, de la estación, no es favorable a que se emprendan operaciones de grandes vuelos en Transilvania; de todos modos se conseguiría inmovilizar a ciento cincuenta mil austriacos.

Los sentimientos nacionales y el deseo natural de obtener una expansión del lado que moleste menos a su poderosa vecina, Rusia, impelen más bien a los rumanos contra los búlgaros. Entre Rusia y una Bulgaria engrandecida, sería muy precario y

azaroso el porvenir de Rumanía. El paso del Danubio, cuya defensa la estudiaron muy bien los alemanes hace un año, según se sabe, y en cuya orilla hay artillería alemana, no deja de presentar serias dificultades, frente a un enemigo vigilante. Quedaría después la barrera de los Balkanes, y como su ataque constituiría también una amenaza para Turquía, las fuerzas de ésta lucharían al lado de las búlgaras. La campaña podría prolongarse mucho tiempo, y acaso los rumanos sufrieran un desengaño. La invasión por la Dobrutcha sería excéntrica y no exenta de peligros.

De modo que, suponiendo que Rumanía obre por sí misma, con independencia de sus aliados, su intervención es un serio contratiempo para las potencias centrales, pero dista mucho de pesar seriamente en la decisión de la guerra. Favoreció más a los dos Imperios la entrada en línea de Bulgaria, que beneficia a los aliados el concurso de Rumanía.

La conclusión es diferente si se considera a Rumanía, no en sí misma, sino en combinación con Rusia, en primer término, y el ejército del general Sarrail, en lugar secundario; esto es, si se considera el uso que el ejército ruso puede hacer de la libertad de operar en territorio rumano. En este concepto, la intervención de Rumanía puede tener más trascendencia que la agresión de Italia contra Austria.

Desde luego, el frente defensivo de los austriacos se alarga, por la necesidad de defender la frontera transilvana. La doble monarquía no parece encontrarse en estado de crear nuevos ejércitos. La amenaza sobre Hungría, hasta aquí limitada a los Cárpatos, se amplía hasta el Danubio. Un ejército de trescientos mil hombres de tropas frescas reforzará el ala izquierda rusa, precisamente en el sector a donde menos alcanza la acción alemana. Las consecuencias podrían ser gravísimas para Austria.

La maniobra de mayor alcance, empero, sería el envío de un ejército ruso al Danubio y Bulgaria, a la vez que el general Sarrail mantuviera su actividad para inmovilizar a gran parte de las tropas búlgaras. Contra el auxilio de Turquía, disponen los aliados del ejército de Egipto y del dominio del mar, lo que les permite efectuar desembarcos en las costas de Siria. La presencia de los rusos en Bulgaria al lado de los rumanos, si la suerte les fuera favorable, acaso acarrearía consecuencias de orden político inmensas. Sería esta maniobra un golpe directo contra Alemania, sin cuyo vencimiento, y no el de Austria, es imposible el triunfo de los aliados.

Desde Constantinopla a Riga, la línea de batalla es ya continua. En tan dilatado frente, forzosamente la estrategia ha de dar señales de vida, porque no hay que pensar que en la parte Sur surja una lucha de trincheras como la que tiene lugar entre el Báltico y el Dniester; podría sobrevenir en ella el desenlace con más rapidez de lo que se cree.

¿Es lo bastante fuerte Rusia para extender sus operaciones desde la Bukovina al mar Negro? ¿Está capacitado aquel mando para ejecutar un plan a cuyo término esté la victoria, si tiene éxito, pero en el que también podría encontrarse la derrota absoluta? Imposible responder. Lo que suceda, dependerá de lo que hagan los aliados, pero en igual grado, de lo que resuelvan los imperiales.

El frente de batalla se ha engrandecido, sí, lo que siempre favorece al más fuerte; pero, al engrandecerse, obsérvese que resulta más vulnerable el ruso-rumano que el austro-alemán-búlgaro; que sin perder los germanos la posición central, envuelven naturalmente el flanco enemigo; que una derrota de los búlgaros no es un golpe mortal para los Imperios centrales, aunque sí extremadamente sensible, y que, por contra, un triunfo alemán en Volinia, por ejemplo, podría poner en situación desesperada a los rusos empeñados en la península balcánica. También se abre a los Imperiales un vasto campo estratégico. Los dos colosos van esta vez a encontrarse frente a frente en un palenque de donde uno de ellos ha de salir vencido.

¿Qué hará Alemania? es la pregunta general. No creo que Alemania se apresure a obrar; espera que el enemigo despliegue sus fuerzas, revele sus propósitos, enseñe algún punto débil; aguarda también que se consolide y defina un poco más la situación en Occidente; conoce el estado de agotamiento del ejército francés, pero aún no sabe el esfuerzo que es capaz de rendir el ejército británico, y ha de reservarse las fuerzas necesarias para no quedar en condiciones de inferioridad notable en el teatro occidental. Que no espera encerrada en la inacción lo demuestra la presencia de Hindenburg al Norte del Dniester y la maestría con que este caudillo ha contenido la ofensiva rusa.

Si Alemania puede ir entreteniendo la campaña en todos los frentes, sin grandes cesiones de territorio, hasta que se consuma la existencia de municiones de los rumanos y gravite sobre los rusos la labor pesada de abastecer a sus nuevos aliados, optará por la defensiva, para que se vayan consumiendo las energías de sus adversarios de Oriente. Pero si éstos se apresuran a obrar y dan señales de inmediata iniciativa, la reacción alemana no podrá hacerse esperar. A mi juicio, no renunciará Alemania a las ventajas que le proporciona su sistema ferroviario, de modo que obrará en dirección al corazón enemigo, destacando a la periferia, o sea al lado de los austriacos del S. y de los búlgaros, un mínimo de tropas, las estrictamente indispensables. Según esto, la intervención de Rumanía, sin perjuicio de dar lugar a acciones episódicas, ha de traducirse en una mayor actividad y vigor en los momentos principales.

El factor tiempo tiene aquí, como en todas las ocasiones, gran importancia; a los aliados les conviene aprovecharlo, tanto como a los imperiales aplazar el choque decisivo; pero como desde el comienzo del verano se manifiesta la voluntad en los dos campos y pugnan entre sí objetivos opuestos, no tardaremos en saber cuál de ellos prevalece. El empuje de los aliados diversos se encuentra todavía en el período ascendente; hasta que no se manifieste la decadencia en alguno de ellos, conviene a los alemanes una actitud expectante. El supremo interés de la Décuple es poner a Austria fuera de combate, mul-

tiplicando los asaltos que contra ella pronuncian. ¿Acudirá Alemania inmediatamente en socorro de su aliada, o dejará que se quebrante aún más, siempre que se debiliten proporcionalmente sus enemigos, para obrar luego con más desembarazo? En estos momentos, hay que seguir con tanta atención la política militar como las operaciones mismas. Nunca les han sido tan necesarias la serenidad y sangre fría a los directores de los dos partidos, como ahora.

IV.—La situación el 31 de agosto

Italia ha declarado la guerra a Alemania, Rumanía a Austria y Alemania y Turquía a Rumanía. No parará ahí la agravación del conflicto.

Puede decirse que las operaciones están paralizadas en todos los frentes. Tanto en el Somme como en Verdun, lo mismo en el Trentino que en el Isonzo, y en el frente occidental así como en Armenia y Persia, la artillería es la que sostiene la lucha. En Macedonia, las dos alas búlgaras han completado su movimiento envolvente: la izquierda ha llegado al litoral, y la derecha, luego de empujar a los serbios, ha cortado la comunicación entre el ejército de Sarraïl y Albania. ¿Se preparan los aliados para ejecutar un nuevo empuje? Es de suponer, porque si la calma actual significara la terminación de la ofensiva empezada a principios del verano, el fracaso de los anglo-franceses sería evidente, así como la impotencia de los rusos, que en tres meses y derrochando vidas aún no han llegado a los dos primeros objetivos que anunciaron al comenzar el mes de junio: Kovel y Lemberg.

Han tenido lugar las primeras escaramuzas en la frontera de Transilvania. Los rumanos, obrando rápida y atrevidamente, han ocupado el desfiladero de la Torre Roja, no lejos del Danubio, tomando de revés la línea avanzada de los austriacos. Recordando lo que éstos hicieron cuando Italia les declaró la guerra, es de presumir que no estremarán la resistencia en la frontera propiamente dicha, sino que se replegarán a posiciones de más fácil defensa y de menor desarrollo, porque la economía de fuerzas es para ellos un principio vital. Entre búlgaros y rumanos no ha habido aún ningún encuentro. Los monitores austriacos del Danubio han cañoneado algunos pueblos de Rumanía.

El jefe de Estado Mayor del ejército alemán, general von Falkenhayn ha sido relevado, nombrándose en su lugar al mariscal Hindenburg, que conserva a su lado, como segundo, a su antiguo jefe de Estado Mayor von Ludendorff, ascendido a general de infantería (teniente general). Estos nombramientos han de trascender a las operaciones militares, lo cual aconseja algunos comentarios que, por falta de espacio, dejo para la próxima crónica.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

1.º de septiembre de 1916.

FIN DEL TOMO QUINTO